

From: *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 25.1 (2005 [2006]): 224-28.

Copyright © 2006, The Cervantes Society of America.

Enrique Suárez Figaredo. *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda. Que trata de quién fuese el verdadero autor del falso Quixote. Añádese su vida, y obras*. Barcelona: Carena, 2004. 390 pp. ISBN: 84-88944-20-9.

No sé si habrá historiadores futuros interesados en los presentes historiadores de la literatura española. Si los hubiere, es probable que miren con asombro la repentina voluntad de buscar padres para libros expósitos que atesta nuestras bibliografías. De esos prohijamientos, no es el menor el de Lázaro de Tormes, al que, en pocos años, le han salido tres padres: nada menos que Alfonso de Valdés, Juan Luis Vives y Cervantes de Salazar. Pudiera ser que alguno de ellos resucitase para sólo declamar aquel romance en que

Quevedo sacudíase un hijo pegadizo: “Yo, el menor padre de todos / los que hicieron ese niño....”

El escurridizo Alonso Fernández de Avellaneda no iba a ser menos. Después de casi cuatro siglos, sabemos de él lo mismo que de Jack el Destripador: su apodo y sus aviesas intenciones. Y es que el tal Avellaneda no se contentó con hacerle la barba a Cervantes, tuvo también que hacérsela a hurtadillas, para tortura y gusto de los historiadores modernos. De ahí que la desconocida identidad del autor del otro *Quijote* haya pasado de comidilla literaria del Madrid áureo a motivo de sesuda indagación, con el frecuente olvido, eso sí, de la obra misma. A la extensísima nómina de sabuesos avellanescos, se han sumado en los últimos años José Luis Pérez López, con un notable artículo en que propone la candidatura de Baltasar Eliseo de Medinilla,¹ y Alfonso Martín Jiménez, con nuevos argumentos que avalan la antigua tesis de Martín de Riquer.² En la misma dirección, Helena Percas de Ponseti publicó, recientemente y en esta misma revista, una extensa reseña en la que aseguraba desde el título que el “misterio” estaba “dilucidado,” pues “Pasamonte fue Avellaneda,” y que el de Martín Jiménez era “un libro maestro de investigación psiquiátrico-analítico, llevado a cabo con la perspicacia y precisión del detective” (127).³

Viene ahora a ampliar este registro de investigaciones recientes Enrique Suárez Figaredo, que presenta como padre para el apócrifo a Cristóbal Suárez de Figueroa. Lo cierto es que el autor de *La constante Amarilis* ya había salido antes a la palestra. Las inquisiciones de Enrique Espín Rodrigo al respecto las adelantó el padre Florencio Álvarez Díez en un artículo publicado en 1990 en la revista *Murgetana*⁴ y, tres años más tarde, salieron como libro las mismas notas de Espín, ordenadas por Matilde E. Navarro Martínez y costea-

¹ “Lope, Medinilla, Cervantes y Avellaneda,” *Criticón* 86 (2002): 41–71.

² *El Quijote de Cervantes y el Quijote de Pasamonte. Una imitación recíproca*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2001. [Nota del ed.: En el número actual hay en las pp. 105–57 un artículo de Martín Jiménez, “Cervantes sabía que Pasamonte era Avellaneda: la *Vida* de Pasamonte, el *Quijote* apócrifo y ‘El coloquio de los perros,’” y en las pp. 167–99 un artículo-reseña de Helena Percas de Ponseti del último libro de Martín Jiménez: “La reconfirmación de que Pasamonte fue Avellaneda.” Los dos estarán disponibles en breve en <<http://www.h-net.org/~cervantes/csa/bcsas05.htm>>.]

³ “Un misterio dilucidado: Pasamonte fue Avellaneda,” *Cervantes* 22.1 (2002): 127–54. 6 feb. 2006 <<http://www.h-net.org/~cervantes/csa/artics02/percas.pdf>>.

⁴ “El *Quijote* apócrifo, obra de Cristóbal Suárez de Figueroa,” *Murgetana* 81 (1990): 23–42.

das por su viuda, doña Carmen Ayala.⁵ En un *Post scriptum* de su libro, Suárez Figaredo confiesa haber leído el artículo del padre Álvarez con posterioridad a la elaboración de su propuesta y no menciona la publicación de Espín Rodrigo.

El título del libro alude a un antecedente, tan desastrado como divertido, en los intentos de identificación de Avellaneda: las *Memorias maravillosas de Cervantes. El crimen de Avellaneda* de Atanasio Rivero (Madrid: Biblioteca Hispánica, 1916), que mereció el ataque simultáneo de Rodríguez Marín, Blanca de los Ríos y Miguel de Unamuno. Como todos los estudios de este género, *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda* tiene una primera parte que se ocupa en desmontar las tesis anteriores y una segunda en la que se defiende al nuevo candidato. Se añade aquí una tercera parte con fragmentos de *El pasajero* de Suárez de Figueroa, algunas piezas del *Quijote* avellanedesco, una "Bio-bibliografía de Cristóbal Suárez de Figueroa" y una tabla de "Textos relacionados con la autoría del *Quijote* de Avellaneda."

Bajo el título de "Estado de la cuestión y teorías sobre la identidad de Avellaneda," la primera parte trata, sin un orden determinado, de las justas zaragozanas de 1614, en las que se menciona "la verdadera y segunda parte del ingenioso don Quijote de la Mancha," de la impresión del libro apócrifo, de la condición clerical de Avellaneda, de su léxico, de su identificación con Jerónimo de Pasamonte y de otros "sinónimos voluntarios." Aquí y allá encuentra ocasión don Enrique Suárez Figaredo para poner en solfa a otros investigadores interesados en el asunto, como Francisco Vindel, del que censura su "celérico análisis tipográfico" del *Quijote* de Avellaneda (32), Serrá Vilaró o Narciso Alonso Cortés, que, según él, "eluden el análisis en profundidad del léxico de Avellaneda" (32) o, sobre todo, Martín de Riquer y su tesis pasamontina. Y aunque se cita el libro de Alfonso Martín Jiménez en la página 387, en ningún momento se abre diálogo con él, ni con la reseña antes mencionada de doña Helena Percas.

El método que se sigue en el libro—y no se entienda esto como crítica—disto de ser científico o académico. Se reproducen con demasiada frecuencia extensos textos ya editados con anterioridad, casi nunca se menciona la fuente bibliográfica de esos textos, como tampoco se facilitan las referencias de las citas de otros autores. En realidad, lo que parece presentarse como gran baza metodológica del libro es la búsqueda informática de lo que el autor llama "tics" lingüísticos de Avellaneda. Suárez Figaredo los cataloga, los enumera y los compara numéricamente con su presencia en otros textos del Siglo de

⁵ *El Quijote de Avellaneda fue obra del Doctor Christóval [sic] Suárez de Figueroa*. Ed. Matilde E. Navarro Martínez. Lorca: s.e., 1993.

Oro, a saber, *Don Quijote, Persiles y Sigismunda* y las *Novelas ejemplares* de Cervantes, *Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, *La pícaro Justina* de López de Úbeda, *Los cigarrales de Toledo* de Tirso de Molina, *La peregrinación sabia* y *El sagaz Estacio* de Salas Barbadillo, *El buscón* de Quevedo y *El bachiller Trapaza* de Castillo Solórzano. Todo queda resumido en unas muy vistosas tablas, que sirven de complemento informático a la candidatura de Suárez de Figueroa.

En medio de todo eso, hay ocasión para defender literariamente el libro de Avellaneda, del que asegura, en comparación con el de Cervantes, que está escrito “sin incurrir en un solo fallo de memoria” y “redactado a paso tirado, con fluidez, sin incurrir en dudas ni parones” (63 y 69). Más allá de esa concepción romántica de la escritura que presenta a un Avellaneda iniciando la composición por el primer folio y terminando por el último, parecen excusarse la falta de planificación de buena parte de la trama, el desentendimiento del tiempo narrativo y hasta errores tan “cervantinos” como el extraño recorrido de don Álvaro Tarfe, que sale de Granada y anuncia su vuelta a Córdoba. Por no hablar del frecuente desaliño estilístico de Alonso Fernández de Avellaneda. Hasta los impresores del *Quijote* tarraconense aparecen ennoblecidos, como responsables de un volumen hecho “con el mismo esmero que cualquier otro libro de principios del s. XVII: una linda Portada, su Tabla índice, las preceptivas Aprobación y Licencia... No es una chapuza, no le falta nada de lo exigible a un libro que vaya a comercializarse” (55). Parece que se obvia que la obra salió sin licencia civil y sólo con la autorización del arzobispado de Tarragona, y que no llevaba testimonio de erratas, a pesar de que, sólo en el folio y medio del prólogo, se registran seis, y algunas considerables, como *sinomonos* por *sinónimos* o *Arcanas* por *Arcadias*. Eso sin hablar del descuido y la cantidad de errores que se acumularon en numerosos folios del libro definitivo. No se ha sustraído el autor al gusto—tan avellanedesco—de los anagramas y hasta propone uno nuevo: “También nos extraña que del título *Le Bagatele*, libro del que se habla en el Cap. DQ-II-62 nadie haya extraído ‘El ba[stard] Ga[briel] Te[!]le[z]’ (24), que me pasó desapercibido tantas veces como he leído y leo el pasaje. Incluso una propuesta atractiva y plausible, como la identificación de Vicente de la Rosa con el poeta y músico Vicente Espinel (127), choca con el escollo de que, en la *princeps*, el apellido se alterna con “de la Roca.”

La segunda parte del libro defiende la identificación de Cristóbal Suárez de Figueroa como Alonso Fernández de Avellaneda sobre la base de la coincidencia en los mencionados “tics” lingüísticos, que se detallan con profusión y con tablas informáticas. Pero cuando se llega al móvil, asunto imprescindible en esta suerte de tramas criminales, Suárez Figaredo confiesa no haber podido “detectar en *DQ-I* el *sinónimo* [sic] *voluntario* que apunte a Figueroa”

(195). Tampoco encuentra la razón para tanto odio. A todo eso hay que añadir lo referido a Lope de Vega: unas veces se pasa de puntillas sobre el asunto y otras se interpretan los elogios a Lope como ironías, para excusar la defensa que de él hace el segundo *Quijote*. Recuérdese que el único nombre que expresamente citó Avellaneda fue el de Lope, furúnculo entonces del glúteo cervantino, al que el *Apócrifo* copió, defendió y veneró hasta el sahumero. El problema es que, como el mismo autor reconoce, "Figueroa no era más lopista que Cervantes" (193). Ante tantas dudas, la conclusión tiene que ser necesariamente elusiva: "¿Actuó solo Figueroa? ¿Alguien le daba ideas, le veía la gracia, le revisaba lo escrito? ¿Fue suya la iniciativa? ¿Fue sólo el pistolero que aceptó un encargo que en lo personal no le desagradaba? Sí, aún quedan incógnitas, pero parece que ahora sí estamos cerca, muy cerca de desenmascarar a Avellaneda" (212).

La labor emprendida por el autor ha sido enorme para tales conclusiones. Aun así, Enrique Suárez Figaredo, director de la colección Clásicos Carena, anuncia en la última página del libro tres nuevas entregas: "El *Quijote* 'de Avellaneda' de Suárez de Figueroa," "El *pasajero*, de Cristóbal Suárez de Figueroa" y una "Edición comentada del *Quijote* de Cervantes, de Suárez Figaredo" (390). Bien venidas sean en nombre de Plinio.

En fin, este *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda*, como otros de su género, resulta un libro curioso y fácil de leer. Como ocurre con algunas de estas obras, uno se deja llevar con gusto por los vericuetos de la argumentación y, por un momento, les da crédito. Por mi parte, Dios me libre de afirmar que don Cristóbal Suárez de Figueroa no fue el atravesado Alonso Fernández de Avellaneda. Ni don Jerónimo de Pasamonte. Ni el mismo Lope. No lo sé. No es la primera, ni será la última vez que se indague en ese pequeño misterio literario. Otros lo han hecho a lo largo de siglos y, en su momento, consideraron sus argumentos igualmente firmes e incontestables. Yo también me cuento entre aquellos "que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria" (*Don Quijote* II, 22). Quizás algún día aparecerá un manuscrito que nos desvele si fue Suárez de Figueroa, Pasamonte o el mayordomo el autor de este criminal *Quijote* todavía de Avellaneda. O acaso no.

Luis Gómez Canseco
Departamento de Filología Española
Universidad de Huelva
Avda Fuerzas Armadas s/n
21007 Huelva
canseco@uhu.es